

fabricando otras nuevas para encerrar en ellas la superabundancia y repartirla á los pobres!

Vuelven los setenta y dos discípulos á reunirse con Jesucristo.

Por este tiempo volvieron los setenta y dos discípulos de su mision evangélica, llenos de gozo y diciendo : No solamente hemos curado los enfermos, como nos mandásteis, sino que tambien los demonios se han sujetado á nosotros en vuestro nombre; y Jesucristo les dijo : Veía yo á Satanás, como un relámpago, que caía del cielo (á vuestros piés y le pisabais). Yo os he dado potestad para pisar sobre las serpientes y los escorpiones, y sobre todo el poder del infierno, sin que nada os cause daño; pero no os alegréis en todo esto, ni en que os estan sujetos los demonios, sino que vuestros nombres estan escritos en el cielo. Poco, nada importa, cristianos, poder pisar sin ser mordidos las serpientes y los escorpiones, ni tener sujetos los demonios á nuestro poder, si nuestros nombres no estan escritos en el cielo. Hagamos, pues, con nuestras buenas obras, que se escriban en él, y con nuestra perseverancia, que no se borren de él, como el de Judas.

Cura á una mujer enferma y encorvada hacia ya diez y ocho años.

Siguió el Señor su camino á Jerusalem, é iba predicando en las villas y lugares en que habian enseñado los setenta y dos discípulos. Predicaba un sábado en una sinagoga, y hé aquí una mujer que padecía una enfermedad con que el diablo la atormentaba hacia ya diez y ocho años. Estaba encorvada, y no podia mirar hácia arriba, ni ver á los que la hablaban. Habiéndola visto

Jesus, la llamó á sí, y la dijo : Mujer, libre estás de tu enfermedad; puso sobre ella sus divinas manos, y al momento huyó el demonio, y ella se enderezó y daba gloria á Dios. Esta mujer, despues de diez y ocho años, levanta su cabeza para ver al cielo, y lo primero con que se encuentran sus ojos es con su Libertador. ¡Qué profundo reconocimiento no manifestaria á su divino Médico, y qué cánticos de alabanza no dirigiria á gloria del Señor! Poco menos, y acaso iguales, habrian sido las alabanzas de la multitud, si el arquisinagogo, ó superior de la sinagoga, no hubiera intentado turbar la alegría pública con una reprension tan temeraria, como propia para sacar de ella su confusion. Era uno de los fariseos á quienes la reputacion de Jesucristo causaba rabiosos celos, y á quien desesperaban sus continuos prodigios, y reprobó, como habian hecho ya sus compañeros, que hubiese curado en dia de sábado. Concluido el milagro, se levantó con gravedad, y sin dirigirse á Jesucristo, cuya majestad y poder debió imponerle, se encaró con la multitud, y les dijo con tono severo : Seis dias hay en la semana en los que podeis trabajar. Venid en estos á ser curados (si esperais serlo), pero no en dia de sábado. Jesucristo, de quien se habia desentendido, tomó la defensa por todos, y hablando, no solo con el arquisinagogo, sino con los demás de su secta, les dijo : ¡Hipócritas! ¿Acaso cada uno de vosotros no desata su buey ó su asno y lo lleva á dar agua en dia de sábado? ¿y esta hija de Abraham, á la que Satanás tenia atada hacia ya diez y ocho años, no debió ser desatada de esta ligadura infernal en dia de sábado? Cuando oyeron esto el arquisinagogo y los demás enemigos de Jesucristo, se avergonzaron, y el pueblo se regocijaba en las cosas que hacia y decia el Señor tan gloriosamente.

Predica Jesucristo en Jerusalem y creen muchos en Él.

Dejamos dicho que el intento de Jesucristo era no entrar en Jerusalem hasta el medio de la fiesta de los Tabernáculos, y cuando llegó este día, su Majestad subió al templo y enseñaba. Al oír su divina elocuencia, todos estaban admirados, y se preguntaban, ¿cómo es tan entendido en las letras, no habiéndolas estudiado? Y oyendo el Señor sus discursos; mi doctrina, les dijo, no es mía, sino de aquel que me envió. Que fué decirles: Vosotros os admirais de la doctrina que predico, y os preguntais que de dónde me viene (pues sabed, que esta doctrina no se aprende en las escuelas de los hombres, ni es fruto del estudio, ni produccion del entendimiento humano); esta doctrina es de mi Padre celestial, que me envió, y á mi Padre la debo. Si alguno quisiere hacer la voluntad de mi Padre, conocerá si esta doctrina es de mi Padre, ó si yo hablo de mí mismo. Quien habla de sí mismo, busca su propia gloria. El que busca la gloria del que le envió, este es veraz y no hay en él injusticia. Al oír esto decian algunos Judíos, ¿no es este á quien quieren quitar la vida los fariseos, escribas y magistrados? Y hé ahí que habla delante de todos y nadie le dice nada. ¿Acaso habrán conocido nuestros pontífices que es este el Mesías? Pero nosotros sabemos que es de Nazareth, y cuando viniere el Mesías, nadie sabrá de dónde es. Viendo el Señor los pensamientos de sus oyentes, les decia: Vosotros me conoceis y sabeis de dónde soy; pero no sabeis que me ha enviado Dios, mi Padre.

Jesucristo, en cuanto Dios, venia de Dios y era la segunda persona de la santísima Trinidad; y en cuanto Dios hombre, por la union de su santísima humanidad en la persona del Verbo, era el Enviado de Dios á los hombres para enseñarlos, redimirlos y salvarlos. No cesaban de buscarle sus enemigos, mas aunque le hallaron, ninguno se atrevió á poner en Él las manos, porque aun no habia

llegado su hora. Muchos de la multitud creyeron en Jesucristo, porque decian: Si este no es el Mesías, ¿por qué señales conocerémos al que esperamos? ¿Por ventura podrá hacer mayores prodigios que los que este hace? ¿Nos dará pruebas mas incontestables, ó en mayor número, de su mision? Luego este Jesus, decian, es el verdadero Mesías, pues si Él no lo es, Dios autorizando su mision con tantos portentos, nos haria caer en error, lo que es imposible. ¿Conclusion admirable! ¡razonamiento sin réplica! Dichosos los Israelitas que se convirtieron con Él, si fueron constantes.

Envian los Judíos á prenderle; pero no ho llegado su hora.

Oyeron estos discursos los fariseos y los príncipes del templo, y en vez de convertirse, enviaron ministros á prender al Señor; pero el Señor les dijo: Aun estoy con vosotros un poco de tiempo, y luego voy al que me envió. Entonces me buscaréis, y no me encontraréis, porque adonde yo voy, vosotros no podeis venir. Al oír esto, se decian unos á otros, ¿adónde habrá de ir este que no podrémos hallarle? ¿acaso irá á la dispersion de las gentes y enseñará á los gentiles? ¿qué quiere decir con esto: me buscaréis y no me hallaréis, porque adonde yo voy, no podeis venir nosotros? Discurrieron mucho sobre estas palabras, pero en nada quedaron, porque no pensaban que hablaba Jesucristo de ir á Dios su Padre, aunque tenian ya sobrados motivos para conocerlo.

En el grande y último dia de la festividad estaba de piés Jesus en el templo y clamaba: Si alguno tiene sed, venga á mi y beba. Como estaban acostumbradas las turbas á su modo de predicar, desde luego creyeron que habia algun misterio en esta repentina metáfora. El Señor no dejó que dudasen acerca de ella, y continuó: El que cree en mí, como dice la Escritura, rios de agua viva correrán de su seno. Esta segunda metáfora tenia aun su

dificultad para entenderla, pero si los fieles de entonces quedaron poco enterados de su sentido, el sagrado Evangelista le aclaró para los fieles futuros sin necesidad de interpretacion. Esto del agua viva, dice, se entendia del Espíritu que habian de recibir los que creyesen en Jesus, porque aun no habia sido dado el Espíritu, ni Jesucristo habia sido glorificado.

Idea que tenian los Judíos sobre la llegada del Mesías.

Tenian los Judíos la tradicion constante de la nacion sobre la esperanza del Mesías. Ya habia llegado el tiempo en que, segun la creencia de todos los hijos de Jacob, el Mesías debia aparecer entre ellos. Atendida la bella idea que los padres habian transmitido á sus hijos, debia aparecer como un hombre, mayor que todos los reyes, mas santo que todos los profetas, mas legislador que Moisés. mas sabio que Salomon... Debia aparecer como el deseado de las gentes, como el esperado de las naciones, como el Redentor y Salvador de los hombres, como el Hijo de Dios. Todas estas noticias debian presentar al verdadero Israelita el retrato de Jesucristo en un tiempo en que el cetro de David habia salido de las manos de Judá para no volver á entrar en ellas. Tambien debian formar una de aquellas demostraciones que, sin violentar, exige la fe, y que sin dejar excusa á los incrédulos, deja á los fieles todo su mérito. Prevenidos los Judíos con estos conocimientos, que eran familiares á todos los discípulos de Moisés, debian conocer su Mesías en Jesus. La grandeza, la multitud y la evidencia de sus milagros hechos en prueba de su mision, la santidad de su vida, la sublimidad de sus máximas, la perfeccion de su doctrina y un conjunto maravilloso y divino, extendido sobre su persona, debian convencerles de que no se equivocaban; pero las falsas preocupaciones de la sinagoga, sobre un Mesías rico, poderoso y dueño del mundo, que no la estaba

prometido, y que ella queria ver en los rasgos magníficos de los profetas, daban al través con todo, y no habia que hablarles de Mesías que no fuese poderoso y rico.

Admiracion de la multitud al oír á Jesucristo.

Las turbas, que oyeron clamar á Jesucristo en el último dia de la gran festividad : Si alguno tiene sed, venga á mí y beba, habian puesto la mayor atencion á todo lo que decia el divino Maestro; y al oír su doctrina, decian unos : Verdaderamente este es un profeta. Pasaban otros mas adelante y discurrían mejor. Este, decían, es Cristo, es el Mesías que esperamos; pero como sucede en toda multitud, no faltaron en esta algunos de aquellos medio sabios que se entrometen á disputar y enseñar á sus iguales. Estos comenzaron á argüir con aquel tono de autoridad, que de un artesano hace un doctor, y con aquellas medias verdades que son á la vez mas perjudicales que las mismas mentiras. Sabian estos leidillos que el Mesías habia de descender de la sangre real de David, y nacer en Belén; pero ignoraban que Jesucristo habia nacido ya en Belén y que descendia de la dicha sangre real. Estaban en el error de que Jesucristo era natural de Nazareth de Galilea, porque habia pasado allí casi toda su vida, pero lo era de Belén, donde habia nacido. Sobre este conjunto de verdades é ignorancias formaron su argumento, diciendo : La sagrada Escritura enseña que Cristo, el Mesías, vendrá de la descendencia de David y de la aldea de Belén. Este Jesus que nos predica, ni descende de David, ni ha nacido en Belén, sino que es un Galileo que ha nacido en Nazareth; luego no es el Mesías que esperamos. Argumento concluyente para la plebe ignorante á quien hablaban, pero falso en sí mismo, y nulo para todos los sabios.

Concilio contra Jesucristo.

En este tiempo los príncipes de los sacerdotes, cada vez mas ensañados contra Jesucristo, habían juntado un concilio para sentenciarle y quitarle la vida. Los ministros encargados de aprisionar al Señor llegaron á tiempo, no solo de prenderle, sino tambien de oír parte de su predicacion, mas ninguno se atrevió á poner en Él sus manos. Sin hacer cosa alguna, se volvieron á los pontífices y fariseos, quienes al ver que no le llevaban atado, les preguntaron con enfado : ¿porqué no le traéis preso? Porque jamás, respondieron, ha hablado un hombre como habla este. ¿Qué? dijeron los fariseos, ¿tambien vosotros as habeis dejado seducir? ¿acaso habeis visto que crea en Él alguno de los príncipes y fariseos, fuera de esa turba compuesta de hombres malditos que ignoran la ley? Esta represion que los fariseos hicieron á los ministros, era demasiado amarga para poder resistirla. Así es que los ministros no se atrevieron á seguir el elogio de Jesucristo y se entregaron al silencio.

Sale á la defensa de Jesucristo el famoso Nicodemo.

Sin embargo la dicha represion, por mas agrura que encerarse, no estorbó que uno de los príncipes del pueblo, é individuo del concilio, saliese á su defensa. Este fué el famoso Nicodemo, el mismo que fué á ver Jesucristo de noche, cuando hizo su primer viaje á Jerusalem : ¿Por ventura nuestra ley, dijo al consejo, juzga á un hombre sin haberle oido primero y sin informarse de lo que ha hecho? ¿Qué? le respondieron con rabia, ¿tambien tú quieres ser Galileo? registra las Escrituras y verás que jamás salió un profeta de la Galilea. Los fariseos debieron responder á la sábia pregunta que les hizo Nicodemo, exponiendo los motivos que tenían para proceder contra

Jesucristo sin formalidad de juicio; pero apelaron al insulto, como los que tienen mal humor y mala causa. En primer lugar le trataron de Galileo, que en opinion de ellos era una grande impropiedad, y en segundo, le enviaron á estudiar las sagradas Escrituras como á un muchacho ó á un ignorante. No contentos con insultar al noble Nicodemo, individuo de su mismo consejo, se valieron tambien de la mentira, si es que sabian, como debían saberlo, que los profetas Naun y Jonás eran Galileos; y si no lo sabian, eran unos ignorantes que enviaban á estudiar á un sábio como Nicodemo. El concilio se disolvió sin otro resultado, y cada uno se volvió á su casa, dice el Evangelista.

Presentacion á Jesucristo de una mujer sorprendida en adulterio.

Sin duda conocieron que aun no era tiempo de perder á un hombre que tenia panegiristas entre sus ministros, defensores en su mismo consejo, y á su favor el grueso de la nacion. Dejaron, pues, de perseguirle descubiertamente por ahora, y volvieron á su plan de armarle lazos. Jesucristo seguia frecuentando el templo. De dia enseñaba, y de noche se retiraba á orar en el Monte Olivete. Volvia por la mañana, y rodeado luego de la multitud, se sentaba y enseñaba en la casa de su Padre, esto es, en el templo. En una de las veces que estaba ocupado en su divino ministerio, le trajeron los escribas y fariseos una mujer sorprendida en adulterio, y la pusieron en medio de la multitud. Hacian esto para poder acusarle, porque si tomaba el partido de la justicia y la declaraba rea de muerte, se haria odioso al pueblo que siempre esperaba de Él la benignidad, y si se inclinaba á la misericordia y la perdonaba, le argüirían de trasgresor de la ley. El lazo estaba bien armado, pero no habia lazos para Jesucristo. Luego que la

presentaron, dijeron á Jesucristo: En la ley de Moisés está mandado apedrear á mujeres como esta; vos ¿qué decís? El Señor, sin hablar ni una palabra, se inclinó hácia la tierra y escribía en ella con su dedo. Se cree que escribía la sentencia que iba á dar, pero no lo dice el sagrado Evangelista. Viendo los fariseos que no respondía, continuaron con empeño su pregunta; hasta que enderezándose el Señor, les dijo: Aquel de vosotros que no tenga pecado, tire el primero piedra contra ella; y volviendo á inclinarse, continuaba escribiendo en la tierra. Cuando oyeron la sentencia de Jesucristo, se iban marchando uno despues de otro, siendo los mas ancianos los primeros, hasta que Jesucristo quedó solo, permaneciendo en pié la mujer en medio de la multitud. Entonces, levantándose el Señor, la dijo: Mujer, ¿dónde estan los que te acusaban? ¿ninguno te ha condenado? Ninguno, Señor, dijo ella llena de vergüenza y cubierta de lágrimas. Pues tampoco yo te condenaré. Véte y no peques ya mas. Nada convenia mejor al Redentor del mundo que este acto de clemencia, ejercitado en favor de una pecadora, que por su arrepentimiento pasaba á ser una penitente; y por lo que miraba á sus acusadores, bien merecian la mortificacion y la vergüenza que habian sufrido.

Curacion del ciego de nacimiento lavándose en la piscina de Siloe.

Habiendo salido Jesucristo del templo, despues de este juicio admirable, se encontró con un ciego de nacimiento, y al verle sus discípulos, le preguntaron: Maestro, ¿quién ha pecado para que este haya nacido ciego? ¿ha sido él ó sus padres? Estaban persuadidos de que los trabajos de la vida presente eran siempre efectos de los pecados actuales, ya que los hubiesen cometido los que padecian, ya que hubiesen sido sus padres. No, res-

pondió Jesucristo, ni este pecó, ni sus padres; sino que ha nacido ciego para que se manifiesten en él las maravillas de Dios; como si les dijera: Es verdad que los trabajos, las enfermedades y la muerte entraron en el mundo por el pecado, y que muchas veces castiga Dios en esta vida á los pecadores por sus pecados; pero tambien lo es que otras muchas castiga á los justos, para probarlos y aumentar su mérito, y muchas mas para sacar de los trabajos su gloria; y tal es el motivo de la ceguera de este hombre. Entretanto que es de dia, continuó Jesucristo, yo debo hacer las obras maravillosas del que me envió. La noche (mi muerte) viene, y entonces ya nadie puede obrar. Cuando estoy en el mundo, luz soy del mundo; y dicho esto, tomó tierra en su mano, escupió en ella, hizo lodo con la saliva, untó con él los ojos del ciego, y le dijo: Anda, lávate en la piscina de Siloe, que significa *enviado*. Este nombre *enviado* es uno de los mas principales que la sagrada Escritura da al Mesías. El ciego fué, se lavó en la piscina y volvió con vista. Era esta piscina una figura muy expresiva del Bautismo, en donde nuestras almas son lavadas y purificadas por los méritos de Jesucristo. Bien podia el Señor haber curado al ciego sin que precediesen estas preparaciones, ni fuese á lavarse á la piscina, pero queria probar su fe, como ya lo habia hecho con aquel otro ciego que al principio solo veía hombres que se movian como árboles, y continuando en su fe y su esperanza, veía despues claramente los hombres y todas las cosas que se presentaban á su vista.

Exámen de este milagro.

Acaso no hubo jamás un milagro examinado con mayor rigor que este, como lo vamos á ver. Es verdad que en la aprobacion de los milagros se debe usar de cierta precaucion, porque una credulidad indiscreta puede traer

malas consecuencias; pero, si conviene proceder con madurez y prudencia, no conviene menos hacerlo con piedad y rectitud. Ninguna cosa mas ajena de la buena razon que oponerse á un milagro bien probado, solo porque es milagro, ó negar los milagros verdaderos porque se hayan descubierto algunos falsos. Esto no es prueba de un buen entendimiento, sino de la flaqueza de un corazon maleado. En el caso presente hubo una cosa peor que la flaqueza, pues el milagro, completamente probado, no causó mudanza en los que le combatian, y fué porque los hombres soberbios tienen por menos mal seguir extraviados, que sufrir la vergüenza de volver piés atrás.

Luego que el ciego volvió de los baños de Siloe, con una vista que nunca habia tenido, y se extendió la fama de este milagro por toda la ciudad, corrian de todas partes á ver el prodigio. Los vecinos á la habitacion de este ciego, los que le habian visto mendigar por tantos años, y los que le habian socorrido tantas veces, se decian unos á otros, ¿no es este el ciego que se sentaba por las esquinas de la ciudad y pedia limosna? Sí, decian unos, este es. No, decian otros, es uno muy semejante á él; pero el ciego decia: yo soy; y al verle y oírle, nadie quedó con duda. Pues ¿cómo, le preguntaban, fueron abiertos tus ojos? Aquel hombre, respondia, que se llama Jesus, hizo lodo, untó mis ojos, y me dijo: Anda á la piscina de Siloe y lávate. Yo fui, me lavé, y veo. ¿Dónde está? le preguntaban; y él respondia: no lo sé. Entonces llevaron á la presencia de los fariseos al que habia sido ciego. Era sábado, advierte el Evangelista, cuando hizo Jesus el lodo y abrió los ojos. Los fariseos preguntaron al ciego cómo habia recibido la vista; y él respondió como antes: puso lodo sobre mis ojos, me lavé, y veo. Á esta repuesta tan firme solo supieron contestar los fariseos de un modo maligno. Este hombre que le ha curado no es de Dios, decian unos, puesto que no guarda el sábado. Otros decian: ¿Cómo

puede un hombre pecador hacer estos milagros? Aquí volvieron á preguntar al ciego: Tú, ¿qué dices de aquel que abrió tus ojos? Que es profeta, respondió. Mas los fariseos no creyeron que hubiese sido ciego y recibido la vista. Llamaron, pues, á sus padres, y les preguntaron: ¿Es este vuestro hijo, el que decís que nació ciego? ¿cómo es, pues, que ahora ve? Sabemos, dijeron los padres, que este es nuestro hijo, y que nació ciego; mas no sabemos cómo ahora ve, ni quién le ha abierto los ojos. Preguntadlo á él. Edad tiene. Hable por sí mismo. Esto dijeron los padres del ciego, porque temian á los Judíos, que habian acordado ya, que si alguno confesaba á Jesucristo, fuese arrojado de la sinagoga.

Viendo que nada conseguian por sus padres de lo que deseaban, volvieron á llamar al hijo, y revestidos de un aspecto imponente de autoridad y religion, le dijeron: Da gloria á Dios, pues nosotros sabemos que ese hombre es un pecador. Si es pecador, dijo el ciego, yo no lo sé; una cosa sé, y es, que habiendo nacido yo ciego, ahora veo. ¿Qué te hizo? volvieron á preguntarle, ¿cómo te abrió los ojos? Os lo he dicho, respondió, y lo habeis oido, ¿por ventura quereis vosotros haceros tambien sus discipulos? Aquí llenos de cólera le cargaron de maldiciones, y dijeron: Seas tú su discípulo. Nosotros lo somos de Moisés. Nosotros sabemos que Dios habló á Moisés; mas á este, ni aun sabemos de dónde sea. Cierto que es para maravillar, dijo el ciego, que no sepais de dónde es el hombre que abrió mis ojos. Sabemos que Dios no oye á los pecadores; mas si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, á este oye. Nunca se vió que abriese alguno los ojos del que nació ciego. Este hombre (que me ha curado) si no fuese de Dios, no podria hacer cosa semejante. Llegó con esto al colmo la rabia de los fariseos, y dijeron: ¿En pecado has nacido todo tú, y quieres enseñarnos? Y con esto le arrojaron de su presencia. Oyó Jesucristo que los fariseos le habian echado de su presencia, y habiéndole

encontrado, le dijo : ¿ Crees tú en el Hijo de Dios? ¿ Quién es, Señor, preguntó el agradecido ciego, quién es, para que yo crea en Él? Y Jesus le dijo : Y le has visto, y el que está hablando contigo, ese es. Entonces el ciego fuera de sí; creo, Señor, dijo : creo que sois el Hijo de Dios, y postrándose á sus piés, le adoró.

El príncipe de los fariseos convida á comer á Jesucristo.

Salió el Señor de Jerusalem la mañana siguiente al sábado en que abrió los ojos al ciego de nacimiento; y otro sábado, que pudo ser el inmediato, fué convidado á comer en casa del príncipe de los fariseos. Concurrió un gran número de ellos, no tanto para obsequiar á Jesus, cuanto para sorprenderle, como habian intentado cuando le convidó el otro fariseo, segun queda referido. Toda su atencion durante la comida se dirigió á observar sus palabras y sus acciones para encontrar ocasion de calumniarle y acusarle.

Cura el Señor á un hidrópico.

Como los enfermos eran los primeros que averiguaban el paradero de Jesucristo y los sitios donde podrian encontrarle, habiendo sabido un hidrópico que comia aquel dia en casa del príncipe de los fariseos, vino luego á la casa del convite y se presontó delante del Señor. Nada dijo, porque creia que bastaba á un enfermo dejarse ver del divino Médico para mover á compasion sus entrañas de misericordia, y no se engañaba. El Señor le vió y determinó curarle; pero quiso prevenir las murmuraciones que podrian seguirse de una curativa en sábado. Con este intento se volvió á los escribas y fariseos que le rodeaban, y les preguntó : ¿ Es lícito curar en sábado? Todos se miraron al oír esta pregunta, pero todos calla-

ron y ninguno se atrevió á contestarla. Entonces el Señor tomó al hidrópico, le sanó, y le despidió; y volviéndose á ellos, les dijo : ¿ Quién hay de vosotros que viendo su asno, ó su buey, caído en un pozo en dia de sábado, no le saque inmediatamente? Y no podian responderle, era la prueba tan concluyente que ninguno podia rebatirla sin deshorrar su razon. El Señor para curar al hidrópico no había puesto mas trabajo que querer, y para sacar del pozo al buey ó al asno, se necesitaria mucho tiempo, mucho esfuerzo y acaso muchas personas. ¿ Y qué queria decir recobrar un animal en comparacion de recobrar la vida ó la salud de un hombre? Ya en varias ocasiones, como en la de la mujer encorvada, habia confundido el Señor á los escribas y fariseos haciéndoles ver que los milagros hechos en dia de sábado no se oponian al descanso de la fiesta; pero como era este uno de sus argumentos favoritos de acusacion contra el Señor, tampoco el Señor dejaba pasar ocasion de rebatirle de un modo incontestable.

Asiento que debe tomarse en los convites.

Observó Jesucristo que los convidados escogian los primeros asientos en la mesa, y mientras comian, dió una leccion muy importante á todos, aunque se dirigió á uno solo. Cuando fueres convidado á algunas bodas, le dijo, no te sientes en el primer lugar, no sea que haya allí otro mas distinguido que tú, y venga aquel que convidó á él y á ti, y te diga : Cede este lugar á este, y tengas que bajar con vergüenza al infimo lugar. Al contrario, cuando fueres convidado, vé y siéntate en el último lugar; para que cuando venga el que te convidó, te diga : Amigo, sube mas arriba, y entonces serás honrado delante de los que estuvieren contigo á la mesa; porque aquel que se ensalza, será humillado, y el que se humilla, será ensalzado. La leccion que aqui dió Jesucristo no

podía venir mas á propósito, porque los escribas y fariseos eran locamente soberbios, y los que se hallaban sentados á la mesa habrían tomado los primeros y debían ser los primeros que se aplicasen esta importante lección.

Á ella se siguió otra no menos importante. Dirigió el Señor en seguida su divina palabra, singularmente al que le había convidado, y le dijo: Cuando des alguna comida ó alguna cena, no llares á tus amigos, ni á tus hermanos, ni á tus parientes, ni á tus vecinos, si son ricos; no sea que ellos vuelvan á convidarte y te lo paguen; mas cuando hagas convite, llama á los pobres, á los débiles, á los cojos y á los ciegos, y serás dichoso, porque no tienen estos con que corresponderte, y en su defecto, serás galardonado en la resurrección de los justos. No condena aquí el Señor los convites sobrios y moderados que los parientes y amigos se hacen unos á otros con el fin de mantener la union entre las familias y la caridad cristiana; condena la suntuosidad de los banquetes que se dan unos ricos á otros, llevados de la vanidad y la gula, y quiere que las riquezas se empleen en alivio y socorro de los pobres.

Parábola de los convidados á la cena.

Habiendo oido uno de los convidados que el pan dado á los pobres por los misericordiosos, se volverá á estos en la resurrección de los justos, exclamó: Bienaventurado el que comiere aquel pan en el reino de Dios; y de esta exclamación tomó motivo el divino Maestro para proponer la siguiente parábola. Cierta vez preparó una gran cena á la que convidó á muchos, y cuando llegó la hora de la cena, envió á decir por uno de sus siervos á los convidados: que viniesen, porque todo estaba ya preparado; y sucedió que todos á una principiaron á excusarse. El primero dijo: He comprado

una granja y necesito ir á verla; te ruego que me tengas por excusado. Y dijo el tercero: He tomado mujer y por eso no puedo venir.

Siempre que he leído este Evangelio de la cena, ha llamado mi atención el distinto lenguaje que usaron los convidados para excusarse. Es bien claro que en el que compró la granja, se representaban los ambiciosos; en el que compró los bueyes, los avarientos; y en el que tomó mujer, los lujuriosos. El primero y segundo se excusaron con urbanidad y buenos modales, diciendo: Tenme por excusado; pero el tercero respondió con un modo desatento: No puedo venir. La experiencia de muchos años de ministerio parroquial me ha hecho ver que la ambición y la avaricia, aun cuando se resistan, guardan miramiento, pero que la lujuria á nadie que se le oponga, respeta. Volvió el siervo de llamar á los convidados y dijo lo que pasaba. Entonces, airado el señor, ó padre de familias, dijo á su siervo: Vé al momento á las plazas y calles de la ciudad y tráeme á cuantos pobres, estropeados, débiles, ciegos y cojos hallares. Fué el siervo y recogió cuantos encontró y los colocó al rededor de la mesa del convite, pero aun quedaron asientos sobrantes. Volvió el siervo á su señor y le dijo: Señor, se ha hecho como mandásteis, pero aun quedan asientos. Pues anda, le dijo el señor; sal á los caminos, entra por los cercados, recoge á cuantos encontrases, tráemelos á mi casa y haz que entren en la sala del convite hasta que se llene; porque os aseguro que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados gustará de mi cena (eterna). ¡Terrible exclusión! ¡pavorosa sentencia para un cristiano que no ha perdido la fe! ¡oh funesta ambición! ¡oh fatal avaricia! ¡oh lujuria brutal! ¡oh placeres infames!!! ¡Á cuantos estorbais la entrada en la sala del convite y el asiento á la mesa celestial, donde regala el Señor á sus convidados con manjares inefables y les da á beber del torrente de sus contentos eternos!!!

**Parábola de la mujer que encuentra la dracma que
había perdido.**

Concluida la cena, y dejada á los fariseos la aplicacion de la parábola, se retiró Jesucristo con sus discípulos á predicar á la Galilea, y luego se vió rodeado de la multitud que le seguia por todas partes, cada vez mas deseosa de oirle. Aquí volvió el Señor á su enseñanza en parábolas, con las que hacia mas palpables al pueblo las verdades que le predicaba, y propuso la siguiente: ¿Qué mujer, dijo, que tiene diez draemas, si perdiere una de ellas, no enciende la luz, registra la casa y la busca hasta hallarla? ¿Y despues de haberla hallado no junta á sus vecinas y amigas y las dice: Dadme el parabien, porque he hallado la dracma que habia perdido? Así habrá, dijo el Señor, gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que hace penitencia.

Parábola del hijo pródigo.

Aun parecia que no estaba satisfecho el Señor de haber persuadido bastante á sus oyentes del aprecio que merece un pecador penitente, y les propuso otra parábola mucho mas extensa y palpable. Tuvo un hombre dos hijos, y el menor de ellos se acercó á su padre pidiendo la parte de hacienda que le tocaba. El padre la repartió entre los dos hermanos, y no muchos dias despues, el menor, juntando todo lo que le habia cabido, se fué á un pais muy distante (de su padre sin duda para estar mas libre de sus reprensiones) y allá consumió todos sus bienes viviendo disolutamente. Cuando todo lo hubo gastado, vino una grande hambre sobre aquella tierra y comenzó (este hijo pródigo) á padecer necesidad. Entonces se puso á servir con uno de los ciudadanos de aquella region, y este le envió á su caserío

para que guardase sus puercos. En tan infeliz estado, deseaba el infeliz llenar su vientre de las bellotas que comian estos animales inmundos, y nadie se las daba, ni le era permitido tomarlas. Aquí volviendo en sí mismo, decia: ¡Cuántos criados tienen el pan con abundancia en la casa de mi padre, y yo muero aquí de hambre! Saldré, iré á mi padre (por mas vergüenza que me cueste) y le diré: Padre, pequé contra el Cielo y delante de vos. Ya no soy digno de llamarme hijo vuestro. Hacedme como uno de vuestros criados.

Apenas acabó este discurso, se levanta y marcha á la casa de su padre. Aun venia muy distante, cuando le vió su (tierno) padre. La miseria, por grande que sea, nunca desfigura tanto á un hijo que no le conozcan sus padres. Las entrañas de este se conmovieron, se enterneció su corazon, y corriendo al encuentro de su hijo, le echó los brazos al cuello, le abrazó y le besó. ¡Ah mi querido padre! exclamó el hijo cubierto de confusion y de lágrimas, ¡ah mi querido padre! he pecado contra el Cielo y delante de vos. Yo no soy digno de llamarme hijo vuestro. Id, dijo aquí el amoroso padre á sus criados, traedme prontamente un vestido, el mas precioso; vestidle y ponedle anillo en sus manos y calzado en sus piés. Traed un ternero cebado, matadlo y celebremos un banquete; porque este hijo estaba muerto y ha revivido, se habia perdido y ha sido encontrado; y con esto se sentaron á la mesa y comenzaron á celebrar el banquete.

El otro hijo, que era el mayor, estaba en el campo, y cuando vino y se acercó á la casa de su padre, oyó el concierto de la música, y llamando á uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Vuestro hermano ha venido, le dijo, y vuestro padre ha hecho matar un ternero cebado, porque le ha vuelto á recibir sano y salvo. Entonces este hermano se indignó y no queria entrar en casa, mas saliendo su padre comenzó á rogarle que entrase, y él respondió: Hace tantos años que os sirvo, nunca he traspasado vuestros mandatos, y nunca me habeis dado